

ían, pero no hubo jamás gliptodontes. Tal es la tesis ingeniosa (y ante todo increíble) que Philip Henry Gosse propuso a la religión y a la ciencia.

Ambas la rechazaron. Los periodistas la redujeron a la doctrina de que Dios había escondido fósiles bajo tierra para probar la fe de los geólogos; Charles Kingsley desmintió que el Señor hubiera grabado en las rocas "una superflua y vasta mentira". En vano expuso Gosse la base metafísica de la tesis: lo inconcebible de un instante de tiempo sin otro instante precedente y otro ulterior, y así hasta lo infinito. No sé si conoció la antigua sentencia que figura en las páginas iniciales de la antología talmúdica de Rafael Cansinos-Asséns: *No era sino la primera noche: pero una serie de siglos la habla ya precedido.*

Dos virtudes quiero reivindicar para la olvidada tesis de Gosse. La primera: su elegancia un poco monstruosa. La segunda: su involuntaria reducción al absurdo de una *creatio ex nihilo*, su demostración indirecta de que el universo es eterno, como pensaron el Vedanta y Heráclito, Spinoza y los atomistas... Bertrand Russell la ha actualizado. En el capítulo noveno del libro *The Analysis of Mind* (Londres, 1921) supone que el planeta ha sido creado hace pocos minutos, provisto de una humanidad que "recuerda" un pasado ilusorio.

Buenos Aires: 1941.

PosDATA: En 1802, Chateaubriand (*Géne du Christianisme*, I, 4, 5) formuló, partiendo de razones estéticas, una tesis idéntica a la de Gosse. Denuñció lo insipido, e imitatorio, de un primer día de la Creación, poblado de pichones, de larvas, de cachorros y de semillas. *Sans une vieillesse originale, la nature dans son innocence est étié moins belle qu'elle ne l'est aujourd'hui dans sa corruption*, escribió.

Autor: (Borges)

Título: "Las alarmas del doctor Américo (Castro)"

Compendio: Otras Inquisiciones

LAS ALARMAS DEL DOCTOR AMÉRICO CASTRO<sup>1</sup>

Borges "Las alarmas del ..."

La palabra *problema* puede ser una insidiosa petición de principio. Hablar del *problema judío* es postular que los judíos son un problema; es vaticinar (y recomendar) las persecuciones, la expulsión, los balazos, el degüello, el estupro y la lectura de la prosa del doctor Rosenberg. Otro demérito de los falsos problemas es el de promover soluciones que son falsas también. A Plinio (*Historia natural*, libro octavo) no le basta observar que los dragones atacan en verano a los elefantes: aventura la hipótesis de que lo hacen para beberles toda la sangre que, como nadie ignora, es muy fría. Al doctor Castro (*La peculiaridad lingüística*, etcétera) no le basta observar un "desbarajuste lingüístico en Buenos Aires": aventura la hipótesis del "lunfardismo" y de la "mistifica gauchofilia".

Para demostrar la primera tesis —la corrupción del idioma español en el Plata—, el doctor apela a un procedimiento que debemos calificar de sofístico, para no poner en duda su inteligencia: de candoroso, para no dudar de su probidad. Acumula relictos de Pacheco, de Vacarezza, de Lima, de *Last Reason*, de Cohniusi, de Enrique González Tuñón, de Palermo, de Llanderas y de Malfatti, los copia con infantil gravedad y luego los exhibe *utri et utri* como ejemplos de nuestro depravado lenguaje. No sospecha que tales ejercicios ("Con un fecca con chele / y una ensaimada / vos te venis pal Centro / de gran bacán") son caricaturales; los declara "síntomas de una alteración grave", cuya causa remota son "las conocidas circunstancias que hicieron de los países platenses zonas hasta donde el latido del imperio hispano llegaba ya sin brío". Con igual eficacia cabría argumentar que en Madrid no quedán ya vestigios del español, según lo demuestran las coplas que Rafael Saillas transcribe (*El delincuente español: su lenguaje*, 1896):

El minche de esa rami  
dicen no tenela bales;  
los be dicaito yo,  
los tenela muy junciales...

<sup>1</sup> La peculiaridad lingüística napolitense y su sentido histórico (Rosada, Buenos Aires, 1941).

*El chibel barba del breje  
menjindé a los hurtos:  
apincharé aranyay  
y menda la pirabó.*

Ante su poderosa tiniebla es casi limpia esta pobre copla lunfarda:

*El bacán le acanaló  
el escracho a la minushia;  
después espirajushó  
por temor a la canushia.<sup>1</sup>*

En la página 139, el doctor Castro nos anuncia otro libro sobre el problema de la lengua de Buenos Aires; en la 87, se jacta de haber descifrado un diálogo campero de Lynch "en el cual los personajes usan los medios más bárbaros de expresión, que sólo comprendemos enteramente los familiarizados con las jergas rioplatenses". Las jergas: *ce pluriel est bien singulier*. Salvo el lunfardo (módico esbozo carcelario que nadie sueña en parangonar con el exuberante caló de los españoles), no hay jergas en este país. No adolecemos de dialectos, aunque sí de institutos dialectológicos. Esas corporaciones viven de reprobar las sucesivas jergonzas que inventan. Han improvisado el *gauchesco*, a base de Hernández; el *cocoliche*, a base de un payaso que trabajó con los Podestá; el *vesre*, a base de los alumnos de cuarto grado. En esos detritus se apoyan; esas riquezas les debemos y deberemos.

No menos falsos son "los graves problemas que el habla presenta en Buenos Aires". He viajado por Cataluña, por Alicante, por Andalucía, por Castilla; he vivido un par de años en Valde-mosa y uno en Madrid; tengo gratuitos recuerdos de esos lugares; no he observado jamás que los españoles hablaran mejor que nosotros. (Hablan en voz más alta, eso sí, con el aplomo de quienes ignoran la duda.) El doctor Castro nos imputa arcaísmo. Su método es curioso: descubre que las personas más cultas de San Mamed de Puga, en Orense, han olvidado tal o cual acepción de tal o cual palabra; inmediatamente resuelve que los argentinos deben olvidarla también... El hecho es que el idioma español adolece de varias imperfecciones (monótono predominio de las vocales, excesivo relieve de las palabras, ineptitud para formar

palabras compuestas) pero no de la imperfección que sus torpes vindicadores le atacan: la dificultad. El español es facilísimo. Sólo los españoles lo juzgan arduo: tal vez porque los turban las atracciones del catalán, del bable, del mallorquín, del galaico, del vascoencue y del valenciano; tal vez por un error de la vanidad; tal vez por cierta rudeza verbal (confunden acusativo y dativo, dicen *le maló* por *lo maló*, suelen ser incapaces de pronunciar *Atlántico* o *Madrid*, piensan que un libro puede sobrellevar este cacofónico título: *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido bislórico*).

El doctor Castro, en cada una de las páginas de este libro, abunda en supersticiones convencionales. Desdeña a López y venera a Ricardo Rojas; niega los tangos y alude con respeto a las jácaras, piensa que Rosas fue un caudillo de montoneras, un hombre a lo Ramírez o Artigas, y ridículamente lo llama "centauro máximo". (Con mejor esultio y juicio más lúcido, Grossac prefirió la definición: "miliciano de retaguardia.") Proscribe —entendiendo que con toda razón— la palabra *cachada*, pero se resigna a *tomadura de pelo*, que no es visiblemente más lógica ni más encantadora. Ataca los idiosismos americanos, porque los idiosismos españoles le gustan más. No quiere que digamos *de arriba*, quiere que digamos *de gorra*... Este examinador "del hecho lingüístico bonaerense" anota seriamente que los porteños llaman *acridio* a la langosta, este lector inexplicable de Carlos de la Púa y de *Yacaré* nos revela que *tañita*, en arrabalerero significa *padre*.

En este libro, la forma no desdice del fondo. A veces el estilo es comercial: "Las bibliotecas de Méjico poseían libros de alta calidad" (página 49); "La aduana seca... imponía precios fabulosos" (página 52). Otras, la trivialidad continua del pensamiento no excluye el pintoresco dislate: "Surge entonces lo único posible, el tirano, condensación de la energía sin rumbo de la masa, que él no encauza, porque no es guía sino mole aplastante, ingente aparato ortopédico que mecánicamente, bestialmente, enredilla al rebaño que se desbanda" (páginas 71, 72). Otras, el investigador de Yacarezza inventa el *mot juste*: "Por los mismos motivos por los que se torpedea la maravillosa gramática de A. Alonso y P. Henríquez Ureña" (página 31).

Los compadritos de *Last Reason* emiten metáforas hípicas: el doctor Castro, más versátil en el error, conjuga la radiotelefonía y el football: "El pensamiento y el arte rioplatense son antenas válidas para cuanto en el mundo significa valía y esfuerzo, actitud intensamente receptiva que no ha de tardar en convertirse en fuerza creadora, si el destino no tuerce el rumbo de las señales propicias". La poesía, la novela y el ensayo lograron allá más de un "goal"

<sup>1</sup> La registra el vocabulario jergal de Luis Villanar: *El lenguaje del hoyo*, fondo (Buenos Aires, 1915). Castro ignora este texto, tal vez porque lo señala Arturo Cos-la Alvarez en un libro esencial: *El castellano en la Argentina* (La Plata, 1928). Inculca advertir que nadie pronuncia *minushia*, *canushia*, *espirajushó*.

207

perfecto. La ciencia y el pensar filosófico cuentan entre sus culti-  
vadores nombres de suma distinción" (página 9).

A la errónea y mínima erudición, el doctor Castro añade el in-  
fatigable ejercicio de la zalamería, de la prosa rimada y del terro-  
rismo.

P. S.—Leo en la página 136: "Lanzarse en serio, sin ironía, a  
escribir—como Ascasubi, Del Campo o Hernández es asunto que  
da en qué pensar". Copio las últimas estrofas del *Marlin Fierro*.

*Cruz y Fierro de una estancia  
Una trovilla se arriaron,  
Por delante se la echaron  
Como crotlos entendidos  
Y pronto, sin ser sentidos,  
Por la frontera cruzaron.*

*Y cuando la hablan pasao  
Una madrugada clara,  
Le dijo Cruz que mirara  
Las últimas poblaciones:  
Y a Fierro dos lagrimones  
Le rodaron por la cara.*

*Y siguiendo el fiel del rumbo,  
Se enrraron en el desierto,  
No sé si los habrán muerto  
En alguna correría  
Pero espero que algún día  
Sabré de ellos algo cierto.*

*Y ya con estas noticias  
Mi relación acabé,  
Por ser cieras las conté,  
Todas las desgracias dichas:  
Es un lelar de desdichas  
Cada gaucho que usé vé.*

*Pero ponga su esperanza  
En el Dios que lo firmó,  
Y aquí me despido yo  
Que he relatado a mi modo,  
Males que conocen todos  
Pero que naidés contó.*

"En serio, sin ironía", pregunto: ¿Quién es más dialectal: el can-  
tor de las limpidas estrofas que he repetido o el incoherente re-  
dactor de los aparatos ortopédicos que enredan rebaños, de los  
géneros literarios que juegan al football y de las gramáticas torpe-  
deadas?

En la página 122, el doctor Castro ha enumerado algunos escri-  
tores cuyo estilo es correcto; a pesar de la inclusión de mi nombre  
en ese catálogo, no me creo del todo incapacitado para hablar de  
estilística.